



EL ORIENTE

PERIÓDICO LITERARIO, CIENTÍFICO Y NOTICIOSO

AÑO I.

Mercedes, 5 de Julio de 1905.

Número 7.

Director R. Alberto Cendón

Se imprime en los talleres de la
Tipografía Cabanelas

APARECE LOS DÍAS 5, 15 Y 25

Advertencias

Los artículos de interés general, se publicarán gratuitamente y se regirán por la tarifa del periódico los de interés particular.
No se devuelven los originales.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Mensual	\$ 0.25
Número suelto	0.10
Idem, atrasado	0.15

EL ORIENTE

La guerra

Allá van las masas humanas, amenazadoras, imponentes!

Ya el hierro que el cañón vomita bate los árboles de los bosques y tritura las rocas.— Ya huyen los sátiros y las ninñas y en la orilla de las aguas no es el cantar de las hadas quien hiere mis oídos; es el gemir de los moribundos.—La tierra desplomada se cubre de ruinas.—Allí hay una aldea reducida a cenizas.—Allí hay otra en la cual las llamas tienden sus brazos rojos, se retuerceen y la abrazan.—Todos sus habitantes claman impotentes; el doloroso clamar de todos se mezcla y sube hacia el cielo, como un ruego de piedad, de misericordia.—Allí van ahora errantes ellos, sin más amparo que la Providencia!—Ved las madres llorosas orando; los padres entristecidos caminando al azar, y los niños huérfanos, temblorosos, andando también sin saber adonde!

¡Humanidad! ¿porqué tras tus pasos dejas ese rojo reguero de sangre, reguero que nos ha señalado y señalará la historia?—¿Porqué tanto te anima ese loco delirio de matar? No son por ventura todos los hombres mortales?

Apenas la naturaleza los crea y ya los mata; apenas nacen y ya no existen.—¿Porqué te apuras a destruirlos?

¡Humanidad!—¿tan cruel habrá sido tu destino?—Tan triste tu marcha hacia el porvenir?—¿Porqué en fértiles lugares del globo veo brillar el acero de las armas guerreras en vez de deslumbrarme el brillo de las armas del trabajo?

¿Porqué humanidad no has muerto de sed, privándole de tu propia sangre, al monstruo de la guerra que desde siglos y siglos sigue tus pasos y te acompaña en tu marcha que hace dolorosa?

¡Helo gozándose al rugir del cañón y al caer de los himbrest! ¡Helo paseando su lugubre figura sobre la patria humana y viviendo a la sombra del egoísmo de los pueblos!

¡Humanidad, desperta!

Américo MARTINEZ.

EL VENCIDO

(CASI HISTÓRICO)

En la calle todo era silencio.—Turbaban de trecho en trecho la monotonía de su sueño, siempre color ocre, grandes charcos de luz de bordes confusos, indefinidos que proyectaban las lamparillas eléctricas.—Apesar de ser invierno el calor era sofocante, prueba de mal tiempo. De vez en cuando, rompían aquella pesada calma, el ladear de algún perro centinela ó la aguda pitada de un sereno que cuenta las horas que pasan.—En lo alto brillaba la luna: Eran las doce de la noche.

Después de haber corrido muchas calles céntricas y apartadas, alumbradas y oscuras en procura de diversión, entraron en el caluroso salón de una confitería.—Había poca gente.—Solo en un extremo de la espaciosa pieza notamos un pequeño grupo que reía y bromeara.—Nos acercamos a él dispuestos a hacer entrar en juego nuestras charlatanas lenguas.—Llevaba la palabra en ese momento el conocido don Pepe.—Todos le escuchaban con la sonrisa en los labios y una expresión de burla en el rostro.—Es que don Pepe es un poseído de la bebida que generalmente habla, o mejor le incitan a hablar, para hacer reír.—El es muy bueno.—A veces se enoja, pero sus bravatas no pasan de graciosas quijotadas.—Todavía conserva aunque algo borrosos, el porte distinguido y la cultura que le caracterizaban varios años atrás cuando era uno de los más distinguidos miembros de la sociedad nuestra, y razgando el velo que la bebida ha echado sobre sus facultades, aparece de vez en cuando los fulgores de una mente que fué sana y de un alma generosa, bien templada.

Los que recién llegábamos tomamos asiento junto a los reunidos, amigos todos, y entramos en la conversación.—Se hablaba de las buenas obras escritas y de pensamientos sublimes.—Uno dice: a mí me agrada mucho el «Tabaré», porque es un libro de ideas muy hermosas.

—Precisamente—dice don Pepe—Vds. han leído aquello de: «vosotros los que amais los imposibles, los que vivís la vida de la idea»... Oigan bien: los que vivís la vida de la idea... entienden ésto?—añadía el buen hombre alzando los brazos y los ojos como si vieras, allá arriba, la mansión de los frutos de la mente.

Entendemos, contestamos y un amigo prosiguió:

—Y usted don Pepe, ¿qué vida vive?

Y otro contesta la frase diciendo:

—El vive la vida de los humos, de las nubes, de los vapores, ¿verdad caro amigo?

Todos nos echamos a reír.—Mas don Pepe, no se dió por aludido.—Hubo una pausa.—Durante ella el vencido por el alcohol paseó su mirada poco viva por entre los del grupo y al descubrirme, se colorearon ligeramente sus mejillas.—Se adelantó a mí, me llamó aparte y dió unas excusas porque morase en pagarme un dinero que me debía: conservaba aún la vergüenza.

—Nada más verdadero, ni de más sana filosofía, que lo que dijo Calderón de la Barca refiriéndose a cuál es la desgracia más grande que nos aqueja en la vida—habló un compañero nuestro.

—¿Y cuál es esa desgracia non plus ultra?—preguntamos con interés.

—De la Barca lo dijo: la de haber nacido.

—Es cierto prosiguió don Pepe—yo había leído eso.—Y añadió con convicción, recalando bien las palabras: la desgracia más grande, es haber nacido.

Y usted siente haber nacido—le interrogué.

Entonces él se puso serio.—Me miró el rostro y balanceando la cabeza como si le extrañara mi pregunta, me dijo: ¿y duda usted que me pese el haber nacido?—¿No conoce mi vida?—i, o crees que ella me sea muy pesada?—Yo me río casi siempre, es cierto.—Casi siempre estoy alegre.—Mas esa alegría, no me es propia; no me pertenece: me la ha prestado la bebida.—Ella no perfuma mi alma, no baña de felicidad mi ser porque no sale del corazón, sino que es fruto de mi cerebro empapado en alcohol, de mi cerebro extraviado.—Cree usted que me avergüenza decir esto? No; si ya no me importa del mundo.—Por eso bebo para morir riéndome de él, de ese mundo que solo me da sufrimientos.

Se detuvo un momento, nos miró a todos que le escuchábamos con atención, arrepentidos, y luego de enmismarse un instante en sí mismo como si mirara al fondo de su alma, prosiguió:

—Yo era feliz.—Yo era bueno.—Mis padres, mis hermanos, mis amigos todos me querían. Mas de pronto, encontré en el camino de mi ventura una mujer, hermosa como un ángel, perversa como Satanás.—Me cautivó, la amé, le di toda mi fortuna, todo mi ser, y ella... ella, ¡la falsa!, me engaño, pisoteó mi honra, mi vida, y me dejó solo, muy solo, sin alma, sin corazón... una mujer!... —¿Dónde buscar consuelo?—¿Con qué impedir el llanto que me abrasaba las mejillas? Mi vida, antes un cielo de felicidad se convirtió bruscamente en un mar de dolores.—Pensé en el suicidio—Mas un día vi un hombre que como yo tenía el alma herida, reír y cantar satisfecho, y al acercarme a él reparé que estaba ebrio.—Vi mi salvación.—Y desde entonces escondo mis lágrimas entre los vapores de la bebida!—¡Soy un borracho!—Si, un borracho!...; pero vivo contento...

Luego, como la quemante masa ignea que palpita en las entrañas de la tierra y que en ola pujante rompe su dura corteza, la generosa alma de don Pepe despertó del letargo en que le sumiera el alcohol y rompiendo el dique que éste le había impuesto, se mostró una avalancha de hermosos sentimientos: la vergüenza, la dignidad, el olvido de los padres, la dicha perdida por su debilidad, todo, todo le atenazó el corazón, le mordió el alma, haciéndole venir el llanto a los ojos.

Un rato estuvo entregado al dolor, un dolor que parecía irreflexivo, reflejado; más luego, como invadie brutal la playa la pesada ola que que en el mar el ya roto dique detuviera, los humos del aguardiente infiltrados en su cerebro de beodo llenaron el campo de su mente, acallaron el corazón, encadenaron el alma y su lengua volvió a ser intérprete de una inteligencia decrepita: comenzó a disparatar otra vez.

Al levanté para marcharme triste por lo que había visto, pero satisfecho por lo que había aprendido.—Fué entonces cuando concebi el alcance de una frase que diariamente viene, sin preocuparme, en un cartel de la escuela: «el alcohol: he aquí el enemigo».

R. Alberto CENDÓN.

UN DESNUDO DE RUBENS

Histórias de locos

• El loco había sacado la cabeza por entre los barrotes de la ventana y me llamaba suplicante:

—¡Caballero! ¡Si quisiera usted hacerme el favor de oírme unos momentos!... Dos palabras, sólo dos palabras.—Tengo que revelarle á usted un secreto importantísimo.—Oigame usted, por Dios!

Y con acento misterioso, añadió en voz baja:

—Que no se entere nadie, que nadie escuche lo que voy á decirle.—¡Me va en ello la vida! Caballero; yo soy un miserable, un vil asesino.... ¡Yo he matado á mi mujer!

Y tapándose la cara con ambas manos, como si se sintiera horrorizado de sí mismo:

—¡No merezco perdón de Dios ni de los hombres!

Instintivamente retrocedió unos pasos, asustado.

—¡No! ¡No se marche usted! Tengo que contarle toda la historia.... Tengo que justificarme! ¡Le digo á usted que tengo que justificarme!

Hizo una pausa, y después añadió:

Pues verá usted.—Yo estaba muy enamorado de mi mujer.—¿Cómo no sentir el amor ante tal maravilla de la naturaleza? Yo soy pintor y he tratado muchas veces de copiar su hermosísima figura.—Pero siempre el modelo resultaba superior al cuadro.—No puedo tampoco describirsela con palabras, porque no las hay que den idea de lo que era aquel prodigo de encantos y de gracias.—Era la mujer.—Era la belleza.

Y nos casamos (qué dicha!) y nos casamos. Fuimos á pasar la luna de miel á una de mis posesiones, situada en un pueblecillo inmediato á Toledo.—Yo puedo asegurarle á usted que la felicidad no es una mentira.—Yo he sido feliz; ¡como no lo ha sido nadie en el mundo! por espacio de dos meses seguidos, día por día.—El hombre que ha poseido á la mujer de sus amores no tiene derecho á negar la felicidad.

Pero vino el invierno y con el invierno el frío y decidimos abandonar el campo é ir á pasear nuestro idilio por la hermosa Italia, por el país del arte.—¡Nosotros creímos que allí íbamos á querernos más, que allí íbamos á ser más dichosos todavía!—Y allí en la poética Florencia, ocurrió nuestra desgracia.

Visitábamos el museo de Dei Office.

Ya le he dicho á usted que yo soy pintor, y, según la gente, pintor muy notable.—Mi mujer sentía el arte tanto como yo y nos pasábamos las horas y las horas en la contemplación de los admirables lienzos de que está lleno aquel museo.

Pues bien: una tarde entramos en una de las salas destinadas á Rubens. Imagínese usted mi sorpresa y mi espanto é indignación. Uno de aquellos lienzos representaba una mujer desnuda. Y aquella mujer,—oh, no tengo duda alguna de ello!—era una copia exacta de la mía.

Sí, aquella era su cara y aquél era su cuerpo. Era ella, ¡toda entera! Sus ojos, su pelo, su boca, su nariz, su cuello, su seno, su vientre, sus piernas, sus piezas que yo había besado tanto.

Comprenderá usted que tenía motivos para volverme loco. Rubens había visto á mi mujer desnuda, otros ojos que no eran los míos habían gozado de la contemplación de aquel cuerpo maravilloso! Pero era esto posible? Mi cerebro no funcionaba bien, y dejé de pensar. Despues no sé lo que hice. Saqué el revolver y disparé primero sobre mi Aurora y luego sobre el cuadro revelador de mi deshonra.—Unos hombres me detuvieron y me llevaron no sé á donde, y luego me trajeron aquí.

¡Por eso le decía á usted que soy un mi-

serable asesino que he matado á mi mujer! ¡Pero que no se entere nadie de mi desgracia, que no se entere nadie que estoy desbonrado!

Y luego, después de unos momentos de reflexión:

—Pero Rubens nació hace mucho tiempo y no pudo conocer á mi Aurora. ¿Cuántos años hace que nació Rubens? ¿Doscientos, trescientos, cuatrocientos años? ¡No!... ¡No pudo conocerla! Pero la *adivinó*, y he hecho bien en matarla. La adivinó!

Y el pobre loco corrió á refugiarse en su celda, llorando desesperadamente.

sión.—Todos corren ahora al Palco para conocer al ganador, levantando nubes de polvo que ahogan á cualquier cristiano.—Triunfó la yegua dicen.—No, que fué *Tres Arboles*, contestan otros y así siguen los dudas hasta que se sabe que por una resbalada de la *Tarariras*, obtuvo el triunfo el caballo de los Capilla.—Después de esto vienen algunas discusiones, mucho buscar á fulano para que pague lo apostado y, para variar el cuadro, ciertas farritas en que se sacan cuchillos kilométricos, en que se recibe algún yerrazo en la cabeza ó en la nuca y que terminan con una encerrona en un cuarto oscuro, vulgo calabozo.—Y se fina.

Fecundidad

Se han fijado ustedes en un detalle importante de estos días pasados?—¿Cuál?—Pues lo segundo que ha sido el ya fenecido mes de Junio en casamientos.—Es notable el número de parejas enamoradas que se han unido con eso que llaman *lazos de amor* y que otros dicen del infierno. Y además han de haber notado nuestras personas que lo de casarse no ha sido privilegio de uno de los tantos escalones de la sociedad, sino que, pobres y ricos, elegantes y guapos, feos y lindos, todo ha ido pasando en heterogénea sucesión por los altares de la iglesia y la sala del Juzgado, ó vice versa. Y las fiestas á que han dado lugar tanta unión han sido, como es natural, de muy distinta índole.—Aquí, por ejemplo, se ve mucha luz, muchas flores, mucho raso y mucho mero al valsar al compás de completa orquesta y al beber de generosos vinos y finos licores; es un baile regio en honor de regia pareja.—Allí, mucha luz, (de candil) mucho requiebre al compás del tango quebrallón, mucha caña del boliche cercano, mucho mate con acordeón y poco cumplimiento; se celebra el enlace de dos individuos que tal vez duerman en catre. Más allá, un término medio, schottis y mazurca tocados por dos ó tres guitarras, una flauta y bandurria, una copita de licor y un pocillo de chocolate, varios rostros avergonzados, tímidos, jóvenes muy peinados haciendo un esfuerzo por ser muy cumplidos, muy caballeros, y por último, algún destrozo de la Gramática de la Academia por parte de alguna lengua sin donar.

No hay duda que una abundancia tal de desposados como la habida en el pasado mes, obedece á algún motivo, pues que no hay efecto sin causa. Unos estadísticos dicen que, como ha muerto tanta gente en estos tiempos han sido de necesidad los casamientos para establecer el equilibrio.

Aquellos, amantes del divorcio, que lo sucedido es un castigo de San Juan por el poco caso que le hicieron. Otros que todo es debido á una corriente misteriosa recorredora de una faja terrestre que ha tenido el don de enardecer los almas impulsándolas á confundirse; y para terminar, nosotros creemos que el porqué del asunto está en la próxima llegada del frío Agosto que es muy tirano para con los que no tienen compañía.

Retardo

Como se verá en lugar correspondiente ahora imprimimos nuestro periódico por los talleres de la Tipografía Cabanelas.—Desgraciadamente para nosotros, al pasar á estos últimos los encontramos con excesivo trabajo de compromiso por lo que les fué materialmente imposible darnos este número para el dia cinco del corriente que era el señalado para su salida.—Nos han asegurado que no habrá en lo sucesivo ninguna otra interrupción.

PARA ELLAS

Perfiles de angel

Ella es tan bella como un pimpollo de rosa
que entreabre su broche de nácar para
atraernos más con sus encantos y para brin-
darnos el aroma exquisito de su embriaga-
dor perfume.

Sus ojos negros como las tinieblas, tienen
miradas dulces e inocentes, que revelan la in-
geniosidad de aquella alma de ángel; sus labios,
de un rojo hermoso, se entreabren para
dar paso a sonrisas que llegan hasta nuestro
corazón, sonrisas puras como el azul del cie-
lo, y sinceras como los primeros sentimien-
tos de amor.

Cuando pasa luciendo su tallecito gentil no
hay labios que no mormuren que encantado-
ral y verdad que lo es; aquel rostro ostenta-
ndo su delicadísimo tinte rosa, aquellas mi-
radas, aquellas sonrisas causan en el alma
una sensación deliciosa; hacen nacer una emoción
desconocida, que nos alegra y nos entristece á la vez; es amor que inspira quizás
sin sospecharlo porque su juventud y su can-
dor no le permiten hacer artificios para cau-
tivar; en ella todo es verdad, todo sincero.
Va irradiando la luz de su hermosura y des-
terrando con los fulgores de esa luz las ti-
nieblas del indiferentismo que reinan en mu-
chas almas.

Su morada es en la calle que tiene el nom-
bre del caudillo inmortal, del patriota de más
nobles sentimientos y el guerrero de indomables
energías; el vencedor de las Piedras, y del
que fué a tentar un último esfuerzo en los
campos siniestros de Catalán y Coruñal, en
pró de la libertad de su suelo.

Su nombre es AURORA de dulces esperan-
zas, de sueños de felicidad, de altagadoras
promesas!

AFILADOR TÍMIDO.



Dolores

Dolores: villa extendida
Entre horizontes azules,
Envuelta en púrpuras tulipas
Y celajes de arrebol
Blanco cielo que se ostenta
Del San Salvador á orillas
Donde el sol radiante brilla
Desde su primer albor.

Eres mansión predilecta
Del encanto y la poesía
Eres la novia del día
Que te dora con su luz;
Tus hijas todas son bellas,
Tus flores todas son puras,
Y eres Diosa de hermosura
Vista al alba en su entre luz

Eres astro desprendido
Desde la celeste altura,
Donde brota la luz pura
Que te besa al despertar;
Eres cima de atractivos
Seno de bellos paisajes,
Tu cielo es todo celajes
De la aurora en su alborar.

Dolores: villa de ensueños,
Blanca paloma dormida
Sobre la costa florida
Del azul San Salvador
En tus bosques hay perfumes,
Hay en tus hijas amores
Y en tu seno ricas flores
De bello y fresco color.



A F.

Son dos soles ardientes tus ojos
Que electrizan al suave mirar
Son tus labios dos pétalos rojos
Donde fluye cadencia sin par.

Tu flexible y perfecta ciatura,
Es ideal de lo bello y gentil,
Tus mejillas son frescas y puras,
Y tu cuello de rosa y marfil.

Manuel Palacios.



Para ella....

(En horas de ausencia)

Eran las últimas horas del crepúsculo de
una mañana primera de Mayo.

El astro de la vida apenas asomaba una pe-
queña parte de su disco ensangrentado, cuan-
do el silbido de una locomotora, señaló el ins-
tante terrible inicial de un nuevo pesar, con
la separación del más querido ser.

De su última mirada, brotaron flores vis-
tosas y de embriagadores perfumes, que mi-
alma envuelta ya en un crepón enfumado,
recogió y cerró entre sus paredes, para que
con el andar del tiempo, fueran el combustible
sostenedor del fuego de mi pasión.

Desde aquel negro dia, sucesos extraordi-
narios han venido turbando la calma inalterable
en que había caído mi espíritu al ser
herido por el terrible dardo de su aleja-
miento.

Quien haya mirado la campiña á través
de un cristal de esperanza y haya visto ce-
rrros, eucaliptos, arroyos, bosques y todo su-
mergido en una luz fluido de esperanza, solo
puede comprender como veía entonces el es-
pectro de mí porvenir á través del prisma de
mi amor. Más hoy sus colores han cambiado:
sobre un fondo verdoso se destaca un tinte de
amarillo.

La soledad me tiene cercado: las fantásticas
luces de la intriga no la disipan; los gol-
pes malignos de la calumnia no rompen sus
eslabones: solo la presencia de un angel es-
belto y urgente que espacieando en torno
mío con sus miradas flores luminosas de su
amor disipará la nébula de mi martirio, mien-
tras que el resplandor que difunde su aureola,
el alma, encenderá en mí, un fanal de
claridad vivísima que alumbrará la oscura
mansión donde vivirán en dulce consorcio
nuestras almas confundidas.

Cuando mi imaginación observa el pasa-
do recreándose junto al porvenir, sufre la
terrible realidad del presente; el presente de
su ausencia.

Yo quisiera andar todo el largo camino de
nuestra separación al paso veloz de mí de-
seo y espolear al tiempo bestia perezosa
que ya meida como un buey y que se burla
de mí, alargando las noches si acorta los
días y alargando los días si acorta las no-
ches; más no es posible.

Resignación y esperanza! acompañadme
por el camino del infierno.

Solitario.

Campo neutral

CONTRASTES

A TI

i.

... Olvidame Alfredo, guarda tu amor

como secreto que deja en el alma tan solo un
sincero recuerdo.

Alfredo Alcaraz dejó caerse en su escritorio sosteniendo en su derecha un billete color rosa que tal vez estaría perfumado...

¿Cómo era posible que María no aceptara su oferta... Ella fué desde su infancia quien lo acompañó en sus infantiles juegos, a quien confió todos sus anhelos para el futuro, y sin embargo cuando le brindó su corazón, cuando le ofreció su vida, el fruto de sus sacrificios, su eterna compagnia como feliz felíz apéndice á su inimitable amistad. María lo rechazó negándose corresponder á su cariño! ¿Porqué? ¿Sería por lo que di-
rian? ¿Tal vez dudaría de él?

Alfredo quedó sumido en un profundo per-
sar. Algunos días le costó conformarse pe-
ro el olvido llegó á sustituir al consuelo...

II.

Una noche de crudísimo frío María se ha-
llaba recostada en su modesto velador, con
los ojos encendidos y suspirando acompa-
sadamente al tic-tac que producía una finís-
ima lluvia chocando con los cristales de su
modesta habitación.

Todo reñaba en silencio. Ella permane-
cía inmóvil fijando su mirada á un diario
que sostenia con su derecha.

¿Porqué se afflijía en su soledad cuando
ella siempre la había preferido? Acaso ha-
bía destruido su mismo corazón? ¿Tal vez creyó que Alfredo eval la goiondrina volvería
á morir en su propio nido?...

Pasados unos instantes acercó por centési-
ma vez el diario á la débil luz de su velador
y leyó nuevamente:

«Esta noche tendrá lugar en casa del acau-
dalado banquero señor Ramón C. Reinoso
el enlace de su hija Amanda con el caballe-
ro Sr. Alfredo Alcaraz....

Y al llegar á este punto de las pupilas de
María deslizábanse dos gruesas lágrimas....

Abelardo.

VANIDAD....

La publicación de las cédulas de San Juan
hecha por la prensa de la localidad ha dado
márgen á una serie de escenas donde la igno-
rancia se nos ha presentado en toda su tosca
realidad.

En la que vamos á narrar fué principal
protagonista una dama de desahogada posi-
ción social pero de rudimentaria cultura la
que exterioriza en su lenguaje rudo de paisa-
na con dinero.

Versaba nuestra conversación sobre el tema
ya dicho más arriba, y la señora, con
un tono que revelaba el enojo que la domi-
naba, me dijo:

— ¿Has visto Ardalio las cédulas que sa-
lieron en los diarios?

— Si, porqué? — le repliqué.

— Todas eran una sarta'e macanas; ha-
bían metido cada bagre que no vale un co-
bre y sin embargo á Claudia m'hija, ni si-
quiero la metieron!....

— Señora Policarpa, ¿y á usted le causa
enojo el que no hayan mencionado á su hi-
ja en los diarios?

— Y cómo no?... á qué meten entonces
cada tipo más fiero que noche oscura? ¿Por-
qué no la nombran á Claudia qu'es más ri-
ca que más de cuatro sonzas d'esas que
nombran ai? Pa mí es una honra que salga
m'hija en los diarios porque así se ve que
figura en la sociedad!....

— Misia Policarpa, no se forje como ciertos
tales absurdos; el deseo de que nues-
tro nombre aparezca en letras de molde,
es una ambición pueril, insensata, que no
debe ser porque si ello sucede nos volve-

mos orgullosos y vamos ciegos á cometer actos ridículos, tontos, impropios de nuestra pobre condición social y hasta en ocasiones opuestos abiertamente á nuestra educación.

—¡No siás fiango, Ardalio!... si la muchacha que salen las cédulas se luce!...

—Ilusiones, señora; eso no es más que un exhibicionismo infructífero que acaso nos coloque como punto de convergencia para las burlas de conocidos y extraños!

—Es decir que á vos no te ha gustao nadita que te hagan sacao en las cédulas.

—En verdad, señora, ello me ha desagrado muchísimo; porque si bien para mí era una honra figurar con la que amo, para esta ha sido un deshonor: ella, tan gracia, tan buena, tan culta, ella que fascina con sus miradas y cautiva con sus divinas sonrisas ha desmerecido enormemente al aparecer junto á mí, infeliz humano, desprovisto de méritos, nulo de talento, que ni siquiera tengo la inspiración bastante para pintar con tintes verdaderos el cuadro del immenso amor que por ella encierra mi alma!...

—Guéno, si á vos no te gusta á mí si, porque me parece qu'es muy honroso que diga en los diarios: «Entre las concurrentes, estaba Claudia Pasadores, hija de misia Policarpa Tarragona de Pasadores!»

Pocos momentos despues me alejaba de aquella casa reflexionando sobre las manifestaciones de aquella ignorante y me convencí de que la tendencia al exhibicionismo domina aún los espíritus débiles sin que basten á quebrantarlas las justísimas criticas de los criterios sensatos que luchan in-

cansablemente por sustraernos á la influencia del sentimiento de la vanidad que tan arraigado está entre nosotros!...

Ardalio Lux.

Mercedes, Julio 4/1905.

Surtido completo

DE LENTES Y ANTEOJOS

Cristales especiales, sueltos de re-cambio

La casa posee un aparato perfeccionado para graduar la vista GRATIS á los compradores

VARIADO SURTIDO DE ARTICULOS PARA REGALOS

Máquinas fotográficas

ACCESORIOS UTILES PARA LA FOTOGRAFIA

Placas—Papeles—Targetas—Baños, etcétera

Calle Colón 130—Plaza Independencia

NICOLAS REFINO.

BARRACA DE FORRAJES
Y CÉREALES

De Máximo Yates Fleurquin

Calle Montevideo No. 428.

Instituto Uruguayo

ESTABLECIMIENTO DE ENSEÑANZA

Elemental, Universitaria y Comercial

HABILITADO POR LA UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Director: Luis Alberto Zanzi

El mas antiguo y acreditado del departamento

Calle San José entre 18 de Julio y 25 de Mayo.

MUSICA

Se ofrece un quinteto compuesto de músicos de la localidad para tocar en cualquier parte donde se le llame y á un precio muy moderado, pues se trata de elementos amantes de la diversión.—Entenderse con el maestro señor Camilo Ledroit.

ESCRITORIO

DE ALEJ. P. ABELAR

Cobranzas comerciales, alquileres de casas, arrendamiento de campos, compra y venta de papel moneda argentino.

Calle Colón 128. Mercedes R. O

PELUQUERÍA "LA ALBORADA"

DE

José Scaldaferro

Calle Minas esquina Dolores

MERCEDES, R. O.

JOSÉ CABANELAS

Librería y Papelería

Centro de publicaciones nacionales y extrangeras

TIPOGRAFIA Y TALLER DE ENCUADERNACION

AGENCIA DE LOTERIA

Agencia de encomiendas para el Ferro-Carril

Y AGENCIA DE DILIGENCIAS

DEPÓSITO PERMANENTE

De semillas de flores y de hortalizas

MERCEDES.

CALLE COLON ESQUINA SAN JOSE